Leer
Entre Líneas
65
Año VI
Marzo 2002

Los Fantasmas del Porvenir

El emperador Tiberio, nos cuenta Tácito, tenía por costumbre consultar a los adivinos y a los astrólogos. Mas, para probar saber, usaba la siguiente estratagema. Les hacía subir hasta la cima de una colina cuyo pico daba hacia el mar y, después de haberles interrogado sobre el porvenir de su persona y del Imperio, les preguntaba qué preveían para sí mismos. Si el adivino no manifestaba ninguna inquietud, ordenaba a un esclavo que lo precipitara en el mar. Hasta el día en que un mago, más competente que los otros o secretamente advertido sobre la suerte de sus predecesores respondió después de haber consultado largo rato a los astros: «César, no sé lo que me ocurre, pero me siento amenazado por el mayor peligro que haya corrido en mi vida». Ante esta respuesta, Tiberio le abrazó y confió plenamente en todas sus otras predicciones.

Conclusión prematura. Tiberio hubiera debido seguir preguntando al adivino: «¿Lees en los astros que escaparás a ese terrible peligro o no?». Si el adivino respondía que sí, Tiberio podría aún ordenar su muerte; y si respondía que no, perdonarle la vida. Es decir, en ambos casos, anular el pseudo-veredicto de los astros por la intervención de una libre decisión humana.

Gatos en la Noche

He echado un vistazo a las recientes interpretaciones astrológicas: son tan oscuras que uno puede encontrar y meter allí todo lo que quiera. Todos los gatos son grises en la noche y no se corre el riesgo de ser desmentido atribuyéndoles cualquier otro color.

Ignorante como soy de los secretos del universo, no niego *a priori* que los astros puedan ejercer alguna influencia sobre el carácter y el destino de los hombres. Pero, como lo muestra el ejemplo del Emperador Tiberio esta influencia, en el caso de existir, no puede ser determinante más que en la medida en que es ignorada. En cuanto pretende convertirse en objeto de ciencia –y de ciencia precisa como ocurre con las predicciones de los astrólogos– depende de nosotros el restringirla o el anularla. Si me predicen que moriré en un accidente de aviación, basta que me abstenga de este modo de transporte para desmentir esta predicción. La libertad hace fracasar a la fatalidad: un peligro conocido es un peligro conjurado a medias. Lo que debería conducir a los astrólogos y a sus seguidores a la conclusión paradójica de que cuanto más avanza la ciencia astrológica, más retrocede el poder de los astros. Igual pasa en la medicina: tales agentes patógenos (microbios o virus) son todopoderosos mientras son desconocidos, pero su descubrimiento permite la prevención o la cura de las enfermedades que causan.

Providencia y Fatalismo

Sé que el hombre vive más en el futuro que en el presente. Pero, ¿se trata de un porvenir que hay que construir o que está ya prefabricado? Las religiones nos han inculcado la idea de Providencia. Pero precisamente la noción de Providencia excluye la de fatalidad: implica la libre cooperación del hombre en los designios de Dios. Ayúdate y el cielo te ayudará.

Por el contrario, el fatalismo nos dice: hagas lo que hagas, el Destino ha decidido en tu lugar. No hay anestesia más segura para la libertad y para la acción. Como en el teatro, donde la intriga y el desenlace de la obra no depende de nosotros, no hay que intervenir, somos meros espectadores de los acontecimientos, esperando ser su perfecta víctima. La predicción que inmoviliza el porvenir elimina la previsión que lo construye.

Gustave Thibon

SUMARIO

El matrimonio no es un artículo desechable / 2
La discriminación sexual permitida a occidentales / 3
El verdadero estado del mundo / 4
La práctica religiosa reduce las depresiones / 6
Top model y «Casa de Muñecas» / 7

MATRIMONIO

El matrimonio no es un artículo desechable

Elizabeth Stewart, esposa y madre de tres hijos, que está comenzando su carrera como escritora, explica que para mantener vivo el matrimonio es preciso no poner el "yo" por encima de la felicidad del cónyuge y de los hijos (*The Globe & Mail*, Toronto)

Hace poco mi hijo de ocho años se aventuró a adivinar cuál de sus tías y tíos sería el próximo en anunciar el fin de su matrimonio. Durante los catorce años de la vida de mis hijos, a menudo he tenido el privilegio y el placer de ver el mundo a través de sus ojos de niños. Y ésta no fue una de esas veces. Yo esperaba el siguiente disparo: ¿Y papá y tú? Pero ese disparo nunca llegó. Quizá nunca lo preguntó porque temía la respuesta.

(...) No me extraña que mis hijos estén preocupados. Yo les he tranquilizado diciendo que nuestro matrimonio va muy bien: lleno todavía de ese cariño especial que mantiene unida a una pareja (...) Si ese cariño especial puede acabarse en otras familias, ¿por qué no en la nuestra? Si mis hijos no se atreven a hacer esta pregunta, mi marido y yo nos la hacemos a nosotros mismos.

¿Seguimos juntos simplemente por comodidad? ¿Porque sería demasiado complicado repartir el dinero, las posesiones y los hijos? ¿Somos inmunes a las tentadoras alternativas que se nos presentan? (Mi marido tiene aquí una clara ventaja, pues trabaja entre legiones de mujeres elegantes. Yo sólo trato al cartero, a los del aseo y a los repartidores.)

(...) ¿Es posible que la anticuada noción del amor y del compromiso nos mantenga unidos? Reconocemos nuestra buena suerte, pero todavía nos sorprende. ¿Qué pasa con nuestra generación (la del *baby boom)* para que el divorcio parezca la solución lógica e inevitable a cualquier insatisfacción o falta de plenitud en nuestras vidas?

(...) «Él/ella ya no me hace feliz» «Ya no siento el amor que antes tenía». «Ha llegado el momento de ponerme yo en primer lugar, de concentrarme en mi felicidad, en lo que quiero para mi vida».

El pronombre «yo» aparece a menudo en estas explicaciones –que dan personas que se divorcian–. Si eliminamos su frecuente uso, quizá varios de esos matrimonios podrían sobrevivir. El «yo» y el «nosotros» no existen dentro de un vacío, no ciertamente cuando se dan dentro del matrimonio y la familia. Lo que «yo quiero de la vida» y lo que «yo creo que me hará feliz», debe incluir en último término lo que hace feliz a mi marido y a mis hijos. Cualquier cosa que haga tiene consecuencias directas en sus vidas. Lo mismo se puede decir para cada miembro de nuestra familia. Esto se define con una palabra: compromiso.

No puedo engañarme creyendo que si yo dejara el matrimonio buscando mi satisfacción en otra parte, la encontraría realmente. Además, habría arruinado otras vidas en el camino.

(...) Uno no puede poner el «yo» en primer lugar en el matrimonio; si lo hace, está llamado al desastre. Yo no niego mi debilidad, pero me considero bastante dispuesta a dejar ciertas cosas con el fin de mantener intacto mi matrimonio. Una de esas cosas es la tentación de tener otra relación sentimental. Por supuesto, me gustaría sentir otra vez una pasión excitante en mi vida (perdón, cariño, no quisiera ofenderte), pero no a riesgo de destruir mi matrimonio. Incluso si mi marido nunca descubriera mi «imprudencia», ya lo sabría, y desaparecería el vínculo de confianza entre nosotros. No creo que muchos matrimonios puedan sobrevivir a eso. Con esto no me resigno a ser una persona de segunda categoría o a llevar una vida «vivida a medias». Las decisiones que tomé en el pasado –casarme, tener un cierto número de hijos, dejar de lado mi carrera– condicionan las que tomo ahora. No me imagino anunciando a mi familia: Perdón, todo esto ha sido un terrible error, esto no es lo que yo verdaderamente quería para mi vida.

Por supuesto que hay días en que puedo pensar eso: días en que mi marido me irrita, en que miro a mis hijos y me asombro de haber engendrado «tan ingratos miserables». Pero la clave de esto está en la palabra «días». Me permitiré lamentarme un rato por todas esas posibilidades de la vida que no escogí (o que en mi arrogancia juvenil, ni siquiera consideré); pero eso es todo.

El amor y las ilusiones compartidas nos trajeron a mi marido y a mí hasta este punto de nuestra existencia. La vida que hemos construido juntos es nuestro punto focal: ahora nuestras decisiones se desarrollan a partir de ahí. Ninguno de nosotros es responsable de hacer al otro «feliz», pero ambos tenemos la responsabilidad de mantener «vivo» nuestro matrimonio. La felicidad es la consecuencia de ese compromiso.

(...) ¿Cómo es posible que muera ese amor? No debería ocurrir, y no tiene por qué ocurrir. El amor es un don, un don precioso que debemos cuidar con tanta ternura y fiereza como cuidamos de nuestros hijos. Las personas crecemos y cambiamos. Lo mismo ocurre con el amor y con la dinámica de un matrimonio. Ambas cosas requieren nuestra constante atención. El matrimonio no es un producto de usar y botar.

La discriminación sexual permitida a occidentales

La fecundación *in vitro* va convirtiendo en normales y aceptadas prácticas que parecían inconcebibles .

El aborto o infanticidio selectivo de niñas es una ominosa lacra en algunos países asiáticos donde es general la preferencia por hijos varones. Muestra de que está muy extendido es la reciente declaración de la presidenta de la Asociación de Médicos de Pakistán, Yasmin Rashid, que ha hecho un llamamiento a sus colegas para que se nieguen a cooperar. La Dra. Rashid, que trabaja en un laboratorio de diagnóstico por ultrasonidos, ha dicho, según recoge el diario *Dawn*, de Karachi (27-IX-2001): «Es penoso que tantas clínicas de ecografía estén implicadas en este sucio negocio. Todo el personal de nuestro laboratorio está obligado bajo juramento a no revelar el sexo de un niño no nacido, cualesquiera que sean las circunstancias. A diario nos llegan muchas mujeres de todas las clases sociales –alta, media o baja– que quieren abortar porque la ecografía muestra que el feto es niña».

En términos no menos enérgicos que Rashid han denunciado lo mismo otras voces, también de Occidente, donde es impensable semejante discriminación sexual (la más drástica posible, pues niega la vida a las víctimas).

¿Impensable? La fecundación *in vitro* va convirtiendo en normales y aceptadas prácticas que parecían inconcebibles . La criba sexual es una de ellas. Hasta ahora, estaba considerada inmoral en Estados Unidos por la American Society for Reproductive Medicine (ASRM), la organización que define los criterios éticos para la fecundación *in vitro* seguidos por la mayoría de las clínicas especializadas del país. En un dictamen hecho público a finales de septiembre, ha cambiado de opinión: el diagnóstico preimplantatorio de sexo es éticamente admisible, dice, en determinadas circunstancias. En concreto, vale si la pareja desea «variedad de géneros» en su descendencia: tenemos un niño y ahora queremos una niña, o viceversa.

No es lógico, pero tampoco sorprende: en la fecundación artificial, desde el principio los criterios de moralidad se han acomodado ágilmente a los deseos de la clientela. En cuanto supo la nueva norma, el Dr. Norbert Gleicher, presidente de una red de clínicas de fecundación *in vitro*, declaró sobre la selección de sexo: «Vamos a ofrecerla inmediatamente. Para ser claro, tenemos una lista de pacientes que la han solicitado» *(The New York Times*, 28-IX-2001).

El entusiasmo de Gleicher es explicable. Él fue quien pidió a la ASRM que revisara la negativa al diagnóstico preimplantatorio de sexo. Alegaba que la ASRM ya había admitido otro método para conseguir lo mismo: la selección de esperma. Entonces, preguntaba, ¿por qué no se puede aplicar un procedimiento aún más eficaz? Es más, dice, «sería contrario a la ética ofrecer un método inferior si se dispone de otro superior».

En la fecundación artificial, desde el principio los criterios de moralidad se han acomodado ágilmente a los deseos de la clientela.

Esta reducción del deber al poder, tan crudamente expuesta por Gleicher, está implícita en la fecundación *in vitro* desde el principio. El procedimiento siempre ha supuesto una criba de embriones antes de la implantación, para escoger los que hayan «salido mejor». Y, a semejanza del aborto selectivo, el diagnóstico preimplantatorio de sexo se hace para descartar los ejemplares del sexo no deseado. Por tanto, se parece mucho más a la execrable práctica asiática que a la selección de esperma, que separa los espermatozoides portadores del cromosoma X o del Y.

No todos están de acuerdo con el giro dado por la ASRM. El Dr. William Schoolcraft, de una clínica de fecundación artificial de Colorado, declara escandalizado al *New York Times*: «¿Cuál será el siguiente paso? Cuando sepamos más de genética, ¿vamos a rechazar a los niños que no posean inteligencia elevada o que no tengan pelo u ojos del color deseado». Probablemente: no se ve cómo se podrá evitar esa espiral del deseo si se sigue practicando la fecundación *in vitro*. Lo asombroso es que alguien dedicado a ese oficio no se dé cuenta.

Rafael Serrano.
Aceprensa 140/01

El verdadero estado del mundo

¿Cómo está el medio ambiente en el mundo? Responder que bien se interpretaría como un signo de irresponsabilidad ecológica, una suicida invitación a la pasividad. Pues todo el mundo sabe que «nos encaminamos al cataclismo» (*New Scientist*, abril 2001). Cualquier podría mencionar el crecimiento de la población, que consume más y más recursos; la deforestación galopante; la extinción de especies; la erosión del suelo; el imparable calentamiento del clima... Pero el profesor danés Bjørn Lomborg, en su libro *The Skeptical Environmentalist* (1), asegura que el medio ambiente mejora y que la situación material de la humanidad nunca ha sido tan buena. Por supuesto, tenemos aún muchos problemas, solo que los más graves no son ecológicos.

Bjørn Lomborg, nacido en 1965, estadístico de la Universidad de Århus (Dinamarca), sostenía lo que él llama «puntos de vista izquierdistas a lo Greenpeace»: muy distintos de las tesis del desaparecido economista norteamericano Julian Simon (1932-1998), que se empeñaba en decir que el mundo iba cada vez mejor. Para probarlo escribió varios libros, de los que el más completo es *The State of Humanity* (1995), obra colectiva dirigida por él que contiene una colosal colección de datos sobre casi todos los parámetros que indican el grado de bienestar del género humano.

Simon llevaba la contraria a muchos ecologistas o partidarios del control de la natalidad. Lomborg, que era uno de aquellos, se propuso refutarle con las armas de la estadística. Puso manos a la obra... y descubrió que Simon tenía razón en casi todo. La réplica se convirtió en una obra que confirma las tesis de Simon, publicada en Dinamarca en 1998 y cuya versión inglesa, actualizada, acaba de aparecer con el título *The Skeptical Environmentalist*. «Realmente –afirma Lomborg–, la suerte de la humanidad ha mejorado según prácticamente todos los indicadores cuantificables».

La letanía

Pero el Worldwatch Institute, Greenpeace y otras organizaciones continúan repitiendo «la letanía del continuo deterioro del medio ambiente». Es una canción conocida: la humanidad se multiplica pero la producción de alimentos no puede seguirle el paso, la atmósfera y las aguas se contaminan más, perdemos bosques a ritmo creciente, desaparecen 40.000 especies al año, se agotan los recursos minerales...

Tan insistente es la letanía, que no se pone en duda. «Sólo hay un problema –señala Lomborg–: los datos disponibles no parecen concordar con ella».

> «Realmente, la suerte de la humanidad ha mejorado según prácticamente todos los indicadores cuantificables".

El agotamiento de los recursos no renovables era el principal motivo de preocupación en el informe del Club de Roma (1972). Hoy tenemos más reservas que entonces. Por ejemplo, las de petróleo que se conocen y pueden ser extraídas a precios competitivos bastan para mantener funcionando la economía mundial otros 150 años al actual ritmo de consumo. Lo mismo ocurre con los recursos no energéticos. Cemento, aluminio, hierro, cobre, oro, nitrógeno y zinc constituyen más del 75% del gasto mundial de materias primas. En los últimos 50 años, el consumo de esos materiales se ha multiplicado por factores de 2 a 10; sin embargo, de todos ellos han aumentado las reservas conocidas. La prueba de que no hay escasez es que el precio no ha hecho más que bajar: en torno al 80%, en términos reales.

En 1968, Paul Ehrlich escribió: «La batalla por alimentar a la humanidad está perdida. Durante los años 70, el mundo experimentará hambrunas de proporciones trágicas: cientos de millones de personas morirán de hambre». Lo cierto es que en los países en desarrollo (PED), la producción agrícola por persona ha subido un 52% desde 1961. En esos mismos países, la ingesta diaria de calorías ha aumentado de 1.932 por cabeza –apenas lo justo para sobrevivir– en 1961 a 2.650 en 1998. Esto ha sido posible gracias al ingenio humano, que ha multiplicado el rendimiento de la agricultura, reduciendo de paso la necesidad de ganar más terrenos para cultivar y, por tanto, la presión sobre el medio ambiente.

Bosques y biodiversidad

Tampoco nos estamos quedando sin bosques, contra lo que dice el Worldwatch Institute, que cifra las pérdidas en 16 millones de hectáreas al año (un 40% más de la última estimación de la ONU). Ni es verdad lo que en 1997 proclamó el World Wide Fund for Nature (WWFN): que en los últimos decenios «dos tercios de los bosques del mundo se han perdido para siempre».

La ONU calcula que se ha talado mucho menos: en torno al 20%. Además, como el hombre no sólo tala, sino que también planta árboles, la masa forestal mundial ha pasado del 30,04% de la superficie terrestre en 1950 al 30,89% en 1994, según la serie de datos más larga existente, la de la FAO. En cuanto a los bosques tropicales, los que más

preocupan, la deforestación se ha reducido del 0,35% de media en los años 80 al 0,32% en la década siguiente.

Las 40.000 especies que se extinguen al año, según el número repetido como un mantra, nadie sabe cuáles son. Se conocen 60 especies desaparecidas de Puerto Rico en 400 años de deforestación. No se ha registrado ninguna extinción entre las 291 especies animales conocidas de los bosques atlánticos brasileños, pese a que estos se redujeron en un 88% durante el siglo XIX. A este paso, se puede prever que se extinguirán el 0,7% de las especies en los próximos 50 años, de ningún modo la cuarta parte o la mitad que dicen los malos agüeros.

De este breve repaso se deduce que, por lo que respecta al medio ambiente, «la mayoría de nuestros problemas se están volviendo *más pequeños*, no mayores», dice Lomborg. El libro lo muestra con muy numerosos datos, apoyados en casi 3.000 referencias, 173 gráficos y 9 tablas. ¿De dónde sale, entonces, la «letanía»?

La alarma vende

El título danés de la obra y el subtítulo de la edición inglesa hablan de «el verdadero estado del mundo», en intencionada contraposición con el informe anual del Worldwatch Institute. Este organismo, presidido por Lester Brown, publica desde 1984 *El estado del mundo*, una lacrimosa panorámica del planeta que anuncia catástrofes que nunca se cumplen, sin que por eso den lugar a rectificaciones en las ediciones posteriores.

Esta pertinacia en el error, compartida por otras voces, se explica, en parte, por el sencillo hecho de que las malas noticias despiertan más interés que las buenas, y los medios de comunicación las difunden con más frecuencia y más ímpetu. También influye que los grupos ecologistas necesitan publicidad y mantener la alerta roja para seguir captando fondos.

> Para Lomborg, problemas no ecológicos como el acceso a agua potable en el Tercer Mundo son mucho más ciertos y urgentes que el calentamiento de la Tierra.

Cómo se fabrican los mitos

Ir más allá supondría entrar a juzgar intenciones. Lomborg hace algo más interesante: explica cómo se fabrican los mitos ecológicos. Para evaluar del modo más preciso posible el estado del planeta es necesario atenerse a ciertas normas metodológicas.

Lomborg cuenta que en sus intervenciones públicas ha solido encontrar gente que cree poder refutarle señalando los males presentes. ¿Cómo se puede, por ejemplo, sostener que vamos bien cuando el 18% de la población de los PED sufre malnutrición? Pero, para medir cómo está el mundo hay que comparar con el pasado: de otro modo, los datos no significan nada, porque no muestran la dirección que llevamos ni indican cómo podríamos progresar.

Así, que el 18% de la población de los PED esté malnutrida es un problema, ciertamente grave, pero menos grave que antes: en 1970, la proporción era del 35%. También en 1970, tenían acceso a agua potable el 30% de los habitantes de los PED; ahora son el 80%. Y si, como ocurre, «las cosas mejoran, sabemos que vamos en la buena dirección, aunque quizá no a la velocidad adecuada. Tal vez podamos hacer más para mejorar la situación alimentaria, pero el enfoque básico no es equivocado».

Datos y simpatía

Lomborg no quiere pasar por «optimista». Por eso insiste en una distinción: que el mundo va mejor no significa que vaya suficientemente bien. Pero los progresos comprobados son preciosas indicaciones para seguir avanzando. En cambio, empeñarse en ver el lado oscuro de las cosas, inspirar temores infundados, presentar amenazas hipotéticas o agrandar la dimensión de los males no sirve ni siquiera de saludable revulsivo. Al contrario: «La constante repetición de la letanía y de las tan oídas exageraciones ecologistas tiene graves consecuencias. Nos mete miedo y nos inclina a emplear nuestros recursos y nuestra atención en resolver problemas fantasmas, olvidando las cuestiones reales y acuciantes (posiblemente no ecológicas)».

El mensaje de Lomborg ha alcanzado notable eco, con ocasión de la publicación en inglés de su libro. Es inevitable recordar a Julian Simon, que dijo lo mismo mucho antes, pero no fue tan oído. Ocurre, comenta *The Economist* (8-IX-2001), que «Simon era un marcado conservador, al que, en consecuencia, los medios dominantes no hacían caso. Lomborg es un izquierdista blando ex partidario de Greenpeace, un fotogénico danés rubio, un promotor de sí mismo que tiene encanto y que comprende la importancia de, como él dice, 'resultar simpático'».

Bienvenido sea el encantador danés. Pero la importancia de la simpatía hace dudar del poder de convicción de los datos para los adictos a la letanía y entusiastas del control de la natalidad. El último informe anual que el Fondo de Población de la ONU acaba de publicar asegura: «El aumento de población y el consumo están alterando al planeta en una escala sin precedentes. En todas partes hay signos de estrés: destrucción de hábitats naturales, especies amenazadas, suelos degradados, aire y agua contaminados y derretimiento de los casquetes polares a causa del calentamiento mundial». A Lomborg le va a costar que algunos escuchen su mensaje.

Rafael Serrano
Aceprensa 130/01

(1) Bjørn Lomborg: *The Skeptical Environmentalist. Measuring the Real State of the World* Cambridge University Press. (2001). 504 págs.

La práctica religiosa reduce las depresiones entre los ancianos

Según un estudio europeo, las mujeres católicas practicantes presentan los menores índices de depresión

Un trabajo de investigación, publicado en julio de 2001 por la revista *Psychological Medicine*, aprecia una asociación entre práctica religiosa y menor índice de depresión entre los ancianos europeos. Especialmente, cuando esa práctica religiosa va unida a unos valores que facilitan hacer frente a las adversidades comunes al final de la vida.

La investigación, coordinada por el Departamento de Psiquiatría de la Universidad Libre de Amsterdam, forma parte del proyecto Eurodep y ha contado con la financiación de los programas Biomed de la Unión Europea. Los 16 autores del trabajo han relacionado, en un primer nivel, los índices de depresión entre ancianos con su asistencia a la iglesia y su específica confesión religiosa. Estos datos, recabados en cinco países entre 8.398 personas, se han completado, en una segunda fase, con otros sobre el clima religioso proporcionados por la Encuesta Europea de Valores y las bases de datos sobre síntomas depresivos de 13 centros de investigación médica integrados en el proyecto Eurodep. Estos centros tienen datos sobre casi 18.000 pacientes de 11 países europeos.

Múnich y Åthåri (Finlandia) son las ciudades con una tasa más alta de ancianos con depresión. Los resultados más satisfactorios se han hallado en dos ciudades de mayoría católica, Dublín y Zaragoza. Los autores del estudio destacan en los resultados que las menores tasas de depresión se encuentran entre las mujeres practicantes de países de mayoría católica, mientras que las tasas más altas corresponden a hombres de países protestantes.

El coordinador del estudio en España, Antonio Lobo, jefe del servicio de Psicosomática del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza, ha declarado a *Diario Médico* (27-IX-2001) que interpreta los datos como «una confirmación de que las creencias de las personas que potencian valores arraigados y la práctica de los mismos, sirven como apoyo a los fieles en los momentos de mayor crisis».

Aceprensa 133/01

Top model y «Casa de muñecas»

George Orwell nos auguró la figura del Gran Hermano, cuya mirada te vigilaría donde quiera que fueses. Afortunadamente no ha sido así. En su lugar tenemos unas grandes Hermanas, cuya imagen se nos impone con poses distintas desde todos los medios y a cualquier propósito.

Es la mujer maniquí *top model*. Si alguien tiene el don de la ubicuidad son las Naomi, Claudia, Cindy y compañía. No seré yo quien se queje del cambio. Pero hasta las bellezas más llamativas pueden provocar una sensación de vacío si su presencia se impone por saturación. Desfilan altivas por las pasarelas, monopolizan las portadas de revistas, están en el objetivo de todas las cámaras y hasta hay muñecas que imitan sus rasgos ....No sólo venden su imagen, sino también los productos asociados a ellas: dictan a las mujeres el aerobic que hay que practicar, la moda que hay que vestir, la dieta que hay que seguir ... con la engañosa sugestión de «serás como yo».

Siempre hace falta algún arquetipo de belleza y estilo femenino. De la mano del cine, durante unas décadas, las estrellas de la pantalla dictaron la ley; hoy en cambio, las protagonistas de la pasarela ocupan el primer plano y los medios de comunicación rinden pleitesía al *model system*. Es dudoso que este relevo en la admiración popular traiga ventajas. Con Ava Gadner, Marilyn Monroe o Audrey Hepburn, el espectador podía no sólo admirar su belleza sino también reir, sufrir, emocionarse al compás de sus vicisitudes en la pantalla. Serían mejores o peores actrices.

Pero las que duraban tenían que dejar constancia de un registro de recursos dramáticos que no se limitaba a su fotogenia y a sus encantos. Y, sin ser unas bellezas, hay actrices que hacen vibrar al espectador por su fuerza interpretativa.

En cambio, con las *top models* el medio es el mensaje. Ante ellas sólo cabe una admiración fría. Por mucho que varíen sus poses, es siempre la misma imagen de la mujer imperturbable, que se basta a sí misma, recién salida del gimnasio y del tocador como maquinaria bien engrasada, sin falta y sin misterio. Quizá alguien que conozca los intríngulis de ese mundo nos explicará algún día que las modelos también lloran. Pero el público sólo ve que cambian sus vestidos, no sus emociones.

Ciertamente, las modelos cumplen un papel en el mundo de la moda. Y aunque no sean *top*, seguro que no faltan las que lo hacen con garbo y dignidad. Lo paradójico es que acaparen el primer plano y se conviertan en figuras que imitar por las quinceañeras precisamente en una época que insiste en que se valore a la mujer por algo más importante que su físico. El varón recibe así señales contradictorias. De una parte, el discurso «correcto» nos exige valorar a una mujer por su inteligencia y por su trabajo, por su buen juicio y su sensibilidad. De otra, el tipo de mujer entronizado en la atención pública es el que rinde culto a la apariencia más que al ser, una mujer cuyo *curriculum vitae* se reduce muchas veces a su propio cuerpo. Y no hace falta mucha intuición femenina para advertir qué mensaje captamos más fácilmente los hombres. Aunque también basta leer las revistas del corazón para advertir que con ese único reclamo no se consigue «fidelizar al cliente".

Nadie negará que la belleza e inteligencia pueden ir de la mano. Pero las modelos más conocidas, si bien demuestran talento comercial, no suelen revelar mucho «seso explícito» en sus declaraciones o en sus incursiones en otros campos.

Tal vez el medio en que se mueven no lo favorezca. Así lo da a entender Sophia Hamilton, una de las más conocidas modelos británicas, hija del duque de Abercon, que a los 22 años ha abandonado la pasarela para dedicarse a enseñar teatro a los niños. «Los niños, explica, son mucho más receptivos que las modelos". Ella parece bastante aburrida de su experiencia: en el negocio de la moda, afirma, «lo primero a que tienes que renunciar es a pensar».

Quizá haya algo de desdén aristocrático en su actitud, pues tampoco en esto son válidas las generalizaciones. En cualquier caso, también aquí sería deseable que la imagen pública de la mujer estuviera más de acuerdo con la realidad. Es comprensible que las modelos aparezcan en las ilustraciones. Pero habrá que reservar una cuota más amplia de la atención pública para mujeres que den la talla, reúnan o no las medidas canónicas 90-60-90.

Nadie añora el feminisno feista y desaliñado de los años setenta, que para castigar a los hombres parecía prohibir que las mujeres fueran atractivas. Y hay que agradecer a las modelos que hayan rehabilitado el «ponte linda». Pero entre la buscada desidia y la obsesión por la apariencia física hay espacio para un nuevo equilibrio. No tendría sentido que la mujer hubiera salido huyendo de una «casa de muñecas" para entrar en otra.

Ignacio Aréchaga

«Buenas Líneas»

Con mucho agrado recibimos el pasado fin de semana el boletín mensual «*Entre Líneas*», en donde podemos encontrar temas de actualidad e interés para todos. Como bien dicen Uds. no es un boletín solamente informativo sino formativo, parte esta tan necesaria en estos tiempos de crisis.

Artículos bien fundamentados y de gran interés para toda la familia.

Desde ya les aseguramos nuestras más sinceras oraciones por los creadores del boletín, por los escritores y por todo el personal que labora allí.

A nuestra comunidad suelen asistir unas trescientas personas, sin contar por supuesto a niños y jóvenes, quienes asisten con sus padres a misa, no pedimos tantos boletines pero si fuere posible, enviar más de un paquete.

Sin más e implorando del Divino Niño Jesús nuestro patrono, abundantes gracias para todos Uds. se despide:

Pbro. Lic. Antonio Abeijon

Decálogo de la serenidad

1. Sólo por hoy trataré de vivir exclusivamente al día, sin querer resolver el problema de mi vida de una vez.
2. Sólo por hoy tendré el máximo cuidado con quienes me rodean: seré cortés en mis maneras no criticaré a nadie y no pretenderé imponerme ni mejorar a otros sino a mí mismo.
3. Sólo por hoy estaré contento con la certeza de que he sido creado para la felicidad, no sólo en el otro mundo, sino también en éste.
4. Sólo por hoy me adaptaré a las circunstancias sin pretender que las circunstancias se adapten a mis deseos.
5. Sólo por hoy dedicaré diez minutos de mi tiempo libre a leer un buen libre, tan necesario para la vida del espíritu como el comer para la vida del cuerpo.
6. Sólo por hoy llevaré a cabo una buena acción y no se lo diré a nadie.
7. Sólo por hoy me esforzaré, por lo menos, en hacer una cosa que a mí no me apetezca, pero que haga feliz a alguien.
8. Sólo por hoy me haré un programa detallado. Quizá no lo cumpliré perfectamente pero estaré a la defensiva de dos calamidades: la prisa y la indecisión.
9. Sólo por hoy creeré firmemente, aunque los hechos me demuestren lo contrario, que Dios se ocupa de mí como si nadie más existiera en el mundo.
10. Sólo por hoy rechazaré los temores y el pesimismo. De forma especial no tendré miedo de disfrutar de lo bello y de creer en la bondad.

«Papi, ¿cuánto ganas por hora?» -con voz tímida y ojos de admiración, un pequeño recibía así a su padre al término de su trabajo.

El padre dirigió un gesto severo al niño y repuso: «mira hijo, esa información ni tu madre la conoce. No me molestes que estoy cansado».

«Pero papi –insistía el infante– dime por favor ¿cuánto ganas por hora?»

La reacción del padre fue menos severa. Sólo contestó: «ochocientos bolívares la hora».

«Papi, ¿me podrías prestar cuatrocientos bolívares»

–preguntó el pequeño.

El padre montó en cólera y tratando con brusquedad al niño le dijo: «así que esa era la razón de saber lo que gano. Vete a dormir muchacho aprovechado».

Había caído la noche. El padre había meditado lo sucedido y se sentía culpable. Tal vez su hijo quería comprar algo. En fin, queriendo descargar su conciencia dolida se asomó al cuarto de su hijo y con voz baja le preguntó al pequeño:

«¿Duermes hijo?».

«Dime papi», respondió el niño.

«Aquí tienes el dinero que me pediste» le respondió el padre.

«Gracias papi», contestó el pequeño, y metiendo su manita bajo la almohada sacó unos billetes.

«Ahora ya completé papi. Tengo ochocientos bolívares. ¿Me podrías vender una hora de tu tiempo?»

Autor anónimo

Publicación mensual producida por **Luis Felipe Capriles, editor.**

Coordinación: Ma. Denisse Fanianos de Capriles.
Imprime: Organización Gráficas Capriles, C.A.
Administración y distribución:
Correo electrónico:
ISBN: 1316-3469

Leer Entre Líneas invita a sus lectores a enviar sus comentarios por medio de su telefax o su correo electrónico